

Dejando ir a la niña

Leticia Domínguez

”El día en que a Paulina le baje la regla, voy a llorar todo el día y que nadie me moleste”

Solía decir en broma pero muy en serio a mis amigas, y es que no es nada fácil llegar al tan temido fin de la niñez de cualquier hijo y menos si éste tiene algún tipo de discapacidad. Todos hemos pasado o estamos pasando por las diferentes etapas que siguen después de recibir el diagnóstico de nuestros hijos: negación, que a veces suele ser corta y otras se prolonga hasta el extremo de perder un tiempo que es oro.

El duelo, un período donde no podemos negar la discapacidad y hay que renunciar a los sueños y expectativas que habíamos tejido alrededor de nuestro hijo. Etapa en la que hay que pedir ayuda para no inmovilizarnos y poder avanzar.

La aceptación, que puede tomarnos ¡años! Y que podemos vivirla de dos maneras: en el resentimiento, que es sufrimiento garantizado, o en la paz, donde logras **aprender** a ser feliz con tu hijo.

Ahora que mi hija se hace grande, pareciera que de repente me regreso un poco y el piso se mueve bajo mis pies, haciéndome sentir insegura otra vez.

Paulina nació una nublada mañana de Diciembre hace doce años, la dicha que albergaba mi corazón, solo podría compararse al tremendo dolor que sufrí 4 años más tarde, al recibir, después de algunos diagnósticos fallidos, el veredicto final: Autismo.

Años de terapias, tardes interminables en consultorios de todos tipos, mucho dinero gastado, anhelos incumplidos, un matrimonio roto, formaban parte del recuento de los daños de la primera etapa de mi proceso. Tuve que descubrir y lo sigo haciendo, que en medio de este dolor, podría florecer algo maravilloso y a veces bastaba con ver su carita sonreír para que la balanza se fuera hasta el otro extremo, extremo donde se encuentra lo grande y positivo que me ha dado mi hija a lo largo de estos años al ir creciendo junto a ella.

¿Sueños frustrados?

Toda madre sueña con el día mágico en que la hija empieza a ser mujer, convirtiéndose en amiga y un poco en cómplice, escuchando las confesiones de un corazón que se estrena en el arriesgado arte de amar.

¿Cuántas veces hemos tenido que disimular la tristeza y ocultar una lágrima en alguna fiesta de 15 años de la hija de algún amigo? Los sentimientos encontrados nos inundan, sintiendo sinceramente esa felicidad compartida de haber visto llegar a tan linda edad a alguien querido, pero irremediabilmente combinada con todo un cúmulo de frustración, sabiendo que nuestra querida hija tendrá una fiesta tan especial como ella misma.

¿Dónde quedan esos sueños? ¡Qué difícil es renunciar a ellos!

¿Nuevos problemas? ¡Nuevos retos!

Si antes la meta era que a Pau la aceptaran en una escuela, ahora lo es que sea acogida por esta tremenda Sociedad aún cuando esta dejando de ser una tierna niña, y me llena de orgullo ver que a pesar de carecer de lenguaje y capacidad intelectual, ha sabido ganarse un lugar en su muy particular entorno, es querida y respetada por aquellos que conviven con ella; para esto hay que trabajar duro, luchando porque logre hasta donde sea posible su autosuficiencia, marcando límites para que respete espacios y personas.

Otro reto es el saber manejar su inminente sexualidad, aprender a dirigir sus impulsos naturales, teniendo presente siempre que es blanco fácil del abuso, lo que me exige estar siempre atenta y cuidadosa de su persona, su integridad física, de las personas que la rodean y muy sensible a cualquier cambio en su estado anímico o físico, que me delate que esta pasando algo malo.

A veces me angustia pensar que el abismo que la separa de sus contemporáneas se hace cada vez más grande, y lucho cada día para hacerlo un poco mas corto. ¿Cómo le hago para no caer en la trampa de querer pretender que es mi eterno bebé, cometiendo así el error de disfrazarla de niña cuando sea una jovencita, tratando de que pase desapercibida ante los ojos masculinos que encontrará en el camino? Muchas veces al ver a una chica, cuyo cuerpo dejaba ver claramente que era ya una mujer, atrapada en un aniñado vestido de cuello enorme y crinolina, le juraba a Pau y me juraba a mi misma, que haría hasta lo imposible para nunca perder la perspectiva, para respetar su edad real, no importando si su cerebro se hubiera negado a crecer.

Cuando era mas pequeña, me gustaba imaginar que mochila me pediría si hablara, ¿la de la sirenita? ¿la de Pokemon? ¡Esa le compraba! Así ahora debo pensar que ropa le gustaría ponerse y cual nunca me aceptaría.

Algo que es innegable, es que al crecer Paulina, envejezco yo... Por lo que me nace otra responsabilidad: cuidarme. Los padres de chicos con discapacidad no podemos darnos ciertos lujos, como enfermarnos, por lo que trato de cuidar mi cuerpo y mi alma, alejándome de aquello que sé que los daña, haciendo un poco de ejercicio cada día y aprovechando los fines de semana para hacer grandes caminatas junto a ella.

Para un chico especial, un padre especial

No sé, si nacimos o nos hicimos, pero lo cierto es que las mamás y papás de hijos con requerimientos especiales somos también especiales, valientes... y yo los invito a que ésta de por si difícil etapa, la pasemos con 10, buscando la ayuda y asesoría necesarias.

Dejemos de un lado los miedos, aprendamos a disfrutar a nuestros hijos cualquiera que sea su edad cronológica o mental. Aceptemos estos cambios como un nuevo reto, uno más, de los muchos que ya hemos tenido que superar, Dios que manda la prueba, mandará también la fuerza.

Yo por mi parte estoy lista para empezar a recorrer junto a ti Pau, este nuevo camino. El día tan temido de tu primera menstruación llegará y trataré de no llorar, nos tomaremos el día, estaremos juntas y sé que en medio de tus silencios, me dirás con esa mirada que me lo dice todo: “No te preocupes mamá, todo está bien, todo esta bien...”